

“Clausura”

Horrible palabra que designa el lugar donde duermen y cagan los curas y las monjas. Cierre: aplicación más apta para puertas y ventanas. Despedida: peor, si todos vivimos yéndonos y la vida es un tren que pita. Más sencillo: SE ALQUILA, (por motivo de robos), rótulo estimulante que su propietaria pondrá próximamente, en las paredes exteriores, en las ventanas y en el umbral en vez del inventario de chereques que sin ningún pudor, recato o miramiento se expusieron por más de una década.

Te fuiste tiste, ahora solo se me vienen las frases de esta canción de la Sara: “y no es que me importe el haberte querido, que limosna también se da a un pobre, si tú pobre has sido”. Pues sí, todavía están aquí, esperando su desfile final, la salida a la calle, lugar donde deben andar deambulando los monstruos de Aparicio, en cemento, hierro, alambre, lona, yeso, dando risa o conmiseración.

La Teresa, en su cómodo sofá de Madame Recamier, esperará que se le entone el nervio ciático o asiático, guardando reposo en su lecho de enferma, balurde expresión periodística para referir males, desde el mal del pinto hasta un cáncer terminal y peor el vocablo lecho, similar a masculino de leche, muy propio para fondos de ríos, cauces, lagos y lagunas.

La sopa de siete espíritus que prepara magistralmente Dago Dagoberto, permitirá que el garrobo, las aves y mariscos vuelvan a circular por sus arterias estremecidas, mientras el mecenazgo toma otras vías.

Y bien: como las premoniciones son más comunes que la claridad, inserto en este presente, la parte final del texto “Boceto de biografía”, para demostrar que la bala antecede al disparo:

Al grano, entremos al capítulo más actual: la Teresa y el Arte.

Nada difícil pasar de artista a revolucionario, ambos entes coinciden, una confusión de la gran puta entre sueño y vigilia, deseos e hipótesis, hijos de la aventura y la incertidumbre, ya sabemos que romper moldes o romperse la jeta son consecuencias del verbo crear, porque quién quiere caminar como güilar pasando por la b para llegar a c?, sólo los banqueros, los burócratas y las clases jodidas, obligadas a vivir anhelando tres tiempos de comida al día y de vez en cuando una cogida. Pues sí chiquitita, tenías que llenar tu tiempo, alimentarlo con otras vidas, nuevas sustancias para las pupilas, diferentes olores, adversos a la pólvora y sus armas, al ajo y el vinagre.

Y así apareció en el camino de tu vida, el desfile de monstruos de Aparicio Artola, últimos esperpentos románticos, que no pintó ni esculpió Valle Inclán Don Ramón del. Alucinastes con la Peripatética, Paco Pico, Gollo Bollo, con estos Frankenstein tercermundistas, cagados de la risa en su casa de los espantos para niños de barriadas, dispusiste de tus nuevos juguetes en el jardín de las Delicias o de las Espérides, dejando que la luna y la intemperie intervinieran, que las lluvias, polvos y soles del trópico marcaran sus efectos refractarios en superficies y barnices, aunque de pronto tu mano inquieta agregaba: un mico azul o rosa, una turca verde, un trapo en la nuez, una piedra con hoyuelo de sonrisa, cuentas de collar marino, palos lucios refinados por la arena, caparazones de tortugas, un cherequero pandemoníaco, digno de la ferretería de los locos del hospicio de Charenton del Marqués de Sade, si acaso la hubo alguna vez.

Este insólito caso de mecenazgo es único en la historia humana, nuestra humanista mecenas catalanufa Neo Lorenza de Médicis instalada en el trópico, coincidió con las obras. Lo fortuito y azaroso, fue lo inverso a aquélla corte refinada y pensadora. Lorenzo nunca le metería un palo en el culo a un fauno de Miguel Angel, Lorenzo nunca le insertaría a Diana una mata de alambre en el pubis ni al Neptuno un sapo en la boca, la perfección ahí estaba tesa y completa como su muerte, detenida en el tiempo pretérito hecho de coordenadas exactas: orden en el eje de las equis, precisión en el eje de las ye. Aquí las obras estaban tan vivas que reclamaban cambios, continuas metamorfosis de color o martillazos, para regocijar el fenómeno y encaminarlas ruidosamente a su última destrucción. Hay que ver cómo en quinientos años se pasó del silencio al ruido y es más fuerte el carnaval que la pausa: serpentinas, cornetas, papelillo, pitos, tambores y espanta suegras colman la cotidianidad, el ruido de las formas contenidas en sus límites y asociaciones.

Oh mi Buen Pastor, dulce Jesús mío, yo no soy la oveja que se te ha perdido. Lorenza baló y baló.

Muy larga, muy larga, abrevien la historia, que siga la farándula, una buena dosis de sopa de los siete espíritus, ánimas de animales terrestres, aéreas, marítimas, reptantes y galopantes, incluyendo gato con su calavera, reforzando el vigor, el jolgorio de las expos, las noches de performance en la Artefactoría contiguo a la Pulpería, albricias!., Lezcano, albricias.

Y porque todo cabe en Lezcano, hagamos su inventario:

No es el “Castillo de la pureza” de Ripstein, ni la morada del Conde Drácula, su construcción debe datar de los años cincuenta, un art-decó modesto y tardío, con porchecito retirado del alineamiento urbano, recesado del tráfico de vendedoras de tortillas y servicios, enclavada en un barrio denominado populoso, reducto de la clase media o medio pelo. Pues sí, en esa casa habitada por nadie (deshabitada), nació la Venus de la Chureca, el Apolo del bario Maldito y todos los dioses del Olimpo Pánico, que no habrían de bañarse en las bañeras de la Culturra oficial. El hada madrina con su varita florecida de ramitas cannabis, o variedad del cáñamo, llegaría a transformar la calabaza en carruaje.

Por Dios, rayos y centellas, sería tedioso relatar tantas obras, tanta paridera : muñecas, mazorcas, túneles de tela, cintas rojas, fajas fálicas, hielo en cedazo, cuchillos y lirios, orejas de tiza, mesas y escobas en el aire, radiografías sobre camastro, agua iluminada, arena, grava y arenón, cajas de olor, hojas maceradas, vergas totémicas, caballitos corriendo en campos de semillas reverdecidas, libros con polillas, banderas nacionales de mantel, fetos de yeso, gorgonas con culebras en el ombligo, retratos de locos pendiendo de cuerdas, Sandinos con rostros equívocos, San Sebastianes andróginos, labios vaginales de esponja, la Sambarambamba con un fondo marino y santería, cerveza Victoria, Toña, Ron Flor de Caña, rayas y los nacatamales inmortales de la Sarita.

He aquí la lista, los nombres propios de hombres y mujeres que si no tocaron el paraíso, al menos presintieron el guiño de ojos de la otra dimensión, el oleaje del mar bajo el asfalto. Ante la mención de cada nombrado los concurrentes se pondrán de pie y repetirán tres veces: presente!, presente!, presente!:

Celeste González, Teresa Codina, Patricia Belli, Alicia Zamora, Cristina Cuadra, Patricia Villalobos, y ahora los güevones: Raúl Quintanilla, Juan Bautista Juárez alias Juancito Trucutrú, Oscar Rodríguez, Alfredo Caballero, Denis Núñez, David Ocón, Aparicio Artola, Luis Saborío y Laura Urdapilleta, deliciosa travesti de la nariz a la jeta. Culpables, culpables, culpables, cortadles la cabeza.

Posdata:

no ladraba ningún perro, no caía ni una hoja, el Carmelo estaba enterrado, soterrado bajo diez varas de tierra, los últimos tiempos de tempestades, guerras y terremotos habían arrasado con la población de loras, de lapas alborotadas y chocoyos que lo cruzaban volando alto por las tardes. Empujamos las puertas ensarradas de hierros rechinantes, la Peripatética sobresalía medio cuerpo del terregal agarrando duro su motete, de la ladera este, venía una niña jalando con un cordel una chincaca de pollo, el hueso limpio, frágil y horadado estaba pintado con anilina negra, el juguete era arrastrado sin ruido, lentamente, cuidadosamente, así nos percatamos que era el mismo Artefacto que una Navidad en la mina de Santo Domingo o La Libertad, Chontales, su padre, mi abuelo, le fabricó a mi mamá.

Managua, Enero del 2003.

David Ocón

